

MARIO MONTEFORTE TOLEDO, *La frontera móvil*, Guatemala, Ediciones Don Quijote (coedición de la UNAM, la ONU y el Ministerio de Cultura y Deportes de Guatemala), 1997, 259 pp.

Desde la antigüedad, las líneas fronterizas han sido zonas conflictivas. Los problemas fronterizos son siempre una alerta en materia de seguridad. En el Imperio romano, los soldados que resguardaban las fronteras eran elegidos de entre los de mayor temple y resistencia, pues habrían de ser, además, diques para la contención de patrones culturales y lingüísticos distintos; en cierta manera fueron ellos quienes preservaron el uso del latín. En la actualidad, *mutatis mutandis*, las fronteras son puntos de tensión pero también de intercambio. Son líneas que separan y diferencian, pero que también unen e integran.

Para el autor, el desconocimiento que se tiene de la zona fronteriza entre México y Guatemala excede los meros pronunciamientos diplomáticos y los acuerdos y tratados entre ambas naciones. Se trata de una franja con un proceso y un complejo de variables que la hacen una de las fronteras con menos confrontaciones de toda Latinoamérica y, por ello, una de las que merecen un acercamiento más concienzudo para extraer de ahí mayores posibilidades de cooperación y desarrollo.

Constituye un acierto del estudio la delimitación de lo que considera la zona fronteriza. Dependiendo del país, se ha establecido una franja de 20 o 30 km hacia el interior de México o de Guatemala, respectivamente; también ha prevalecido el criterio de los 50 km en sendos lados de la frontera. Sin embargo, la división en cuencas de ríos internacionales (p. 16) parece ser la más apropiada para el estudio de esa zona. En el mundo existen solamente 200 cuencas de ese tipo, y México comparte con Guatemala 12; de éstas se seleccionaron para el estudio 11 municipios y puertos, aunque en el índice del libro se detallan solamente nueve.

Es oportuno señalar que el autor adopta para el estudio un método sociológico con una visión desde Guatemala, por lo que descarta de antemano la antropología cultural de las comunidades y los valores indígenas, y se remite en cambio a las características actuales de población e influjo de la economía y las culturas mexicanas en las sociedades directamente relacionadas con la frontera (p. 17). Es decir, se trata de un enfoque que asume en cierto sentido el carácter hegemónico de una de las dos naciones.

El libro está organizado en 16 capítulos: el primero es una aproximación metodológica; los nueve siguientes se dedican al análisis de

igual número de municipios; los seis restantes proporcionan una visión global y temática de la región.

Los municipios que se analizan son: Huehuetenango, Nenton, La Democracia, Jacaltenango, Tacana, Sibinal, Malacatan, Tecun Uman y Coatepeque. De cada uno de ellos se revisan las características del lugar, la población, las migraciones, la economía (comercio, industrias, comunicaciones, transportes, agricultura, artesanías, banca y trabajo), el poder (el municipio, las fuerzas armadas, organizaciones civiles, grupos de presión como los empresarios), la educación, la cultura (religión, recreación, artes y letras) y los trastornos sociales (criminalidad y narcotráfico, fundamentalmente). En total, la población de los municipios analizados asciende a alrededor de 342 000 habitantes (Coatepeque es el más poblado, con cerca de 70 000, mientras que Sibinal es el menos, con aproximadamente 11 500 pobladores).

El análisis de los municipios revela muchos aspectos que suelen soslayarse al evaluar las políticas globales. Según Monteforte, los distintos gobiernos guatemaltecos no han considerado el potencial humano y de desarrollo de la zona fronteriza que, debido a su peculiar situación y a su lejanía de las metrópolis de ambas naciones, ha adquirido tal vigor que se presentan, inclusive, ciertas tendencias autonomistas. Al crearse más fuentes de empleo, por ejemplo, la migración hacia Estados Unidos ha disminuido en algunos municipios en términos relativos, aunque por otro lado se han incrementado las zonas de cultivo de estupefacientes en el lado guatemalteco. Es interesante observar cómo se ha desarrollado un polo importante para el intercambio fronterizo en Tecun Uman, lo que motivó que México adscribiera un nuevo consulado en esa población. Es decir, el gobierno mexicano ha sido muy sensible a algunos cambios de trascendencia en la zona fronteriza, mientras que no ha ocurrido lo mismo en la contraparte guatemalteca. Según el autor, las limitaciones del erario de Guatemala impiden promover políticas de mayor alcance. No obstante, una verdadera política de desarrollo debería instrumentarse, ya sea con recursos propios o con la ayuda más intensiva —puesto que existe— de algunos organismos internacionales. Las condiciones sociales y económicas nunca han sido las más favorables; sin embargo, con el proceso de pacificación y estabilidad que se vive en esa zona, es probable que resulte más atractivo para nuevas inversiones y un mayor desarrollo que exceda las coyunturas y las necesidades del momento.

Merece destacarse que el comercio entre México y Guatemala es, al igual que con el de la región, sumamente exiguo. Centroamérica

vende a México 1% de sus exportaciones, mientras que México exporta sólo 2% al área centroamericana. A pesar de tan bajos montos, el contrabando en la frontera proporciona trabajo a cerca de 200 000 personas, según Monteforte (p. 164). Ese problema, y el migratorio, son las dos prioridades oficiales para México y Guatemala. Es muy posible que el flujo comercial, una vez que se establezcan las condiciones de un acuerdo de libre comercio con la región, dinamice los intercambios de bienes; pero también puede precipitar algunos conflictos latentes, pues no existe complementariedad en las mercancías exportables entre México y Guatemala.

La ebullición que vivió la zona por la presencia constante de la guerrilla guatemalteca fue un factor decisivo para que crecieran los asentamientos en la parte fronteriza. En ciertos departamentos y municipios las fuerzas armadas guatemaltecas eliminaron masivamente a sus pobladores, lo que motivó que muchos otros huyeran hacia México en busca de mejores condiciones. Los episodios violentos parecen haberse superado, pero permanece —y seguramente se incrementará— la inercia migratoria hacia México.

Un planteamiento importante que no se considera en el estudio es el de la influencia de la guerrilla mexicana en Chiapas. Al abordar preferentemente la visión guatemalteca, los lectores nos quedamos con muchas dudas que, en parte, se deben también a un enfoque que no puede desasirse de ciertas premisas marxistas. Por ejemplo, al mencionar las instituciones de banca y crédito existentes, no analiza con mayor detenimiento las necesidades financieras de la región para volver más asequibles los créditos en la zona. El crédito de la banca internacional de desarrollo, con instituciones como la AID, es susceptible de expandirse y de crear mejores condiciones para el desarrollo social de ambos lados de la frontera.

El autor da por sentada la importancia que México confiere a Chiapas, y aduce que le ha otorgado un trato similar al del Plan Marshall, debido a la irrupción de la guerrilla del EZLN. Empero, eso no ha sido óbice para que continúen la migración ilegal, el paso temporal hacia las fincas cafetaleras mexicanas y un volumen de contrabando considerable.

En muchos sentidos las pretensiones intelectuales de Monteforte se ven superadas por la propia realidad de la frontera; es decir, su libro, que prometía ser un estudio definitivo, esencial para conocer la realidad de la frontera, adolece de dos defectos de relevancia. En los datos que nos proporciona esboza tibiamente acciones que en muchos casos resultarían poco aceptables para México, como liberalizar

el comercio de la carne; en otros casos no se colige una visión más propositiva. El hecho de que nos plantee que la fuerza de trabajo femenina es generalmente, muy superior a la masculina y de que se trata de un segmento esencialmente joven resulta meramente enunciativo, sin mayores posibilidades de análisis.

El libro contiene también algunos deslices ideológicos inherentes al pasado del autor, pero que en suma son prescindibles respecto a lo que él denomina la visión global de las relaciones entre México y Guatemala.

Es de señalarse que cada año, radican en Guatemala alrededor de tres cuartos de millón de personas que buscan emigrar a México o a Estados Unidos; entre otras causas se menciona el agigantamiento indiscriminado de la imagen de superioridad de México (p. 176), lo que ha generado ya, según encuestas que el autor no refiere, cierta aversión de la población mexicana a la migración guatemalteca en especial, y a la centroamericana en general, entre 1984 y 1986. También resulta pertinente mencionar que, de las cifras oficiales del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), que reconocen de 42 000 a 46 000 personas en territorio chiapaneco, el autor considera que en realidad tal cifra es tres veces superior y que los no registrados ya han pasado a formar parte de la población mexicana (p. 189).

En suma, la investigación de Monteforte Toledo ilustra algunas necesidades y ofrece premisas para aquilatar con prudencia el perfil de la zona fronteriza. En cierto sentido, el libro tenía pretensiones superiores al de una monografía un tanto descriptiva, por lo que apenas es el inicio de una reflexión acerca de una dinámica compleja y, en el futuro, decisiva para la preservación de la soberanía de México.

JOSÉ ANTONIO HERNÁNDEZ GARCÍA